

1ª ESTACIÓN: JESÚS ES CONDENADO A MUERTE

V: Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

"Conviene que uno muera por la nación" (Jn 11,45).

Así se justificó tu muerte, por eso te condenaron. Estorbabas a sus pequeños intereses. ¡Qué egoísmo y qué cerrazón la de Caifás! Tu condena a muerte es el intento de apagar cuánto hay de bueno, de bello y de verdadero en la humanidad no sea que se torne contra nuestros pequeños intereses de poder o de bienestar. Podríamos pensar que son cosas del pasado, pero no: hoy también hay condenas a muerte por motivos similares, o ¿acaso no se justifica el aborto o la eutanasia con los mismos argumentos? Y así de lo que es un crimen execrable hacemos un "derecho". ¡Dios nuestro! ¡Cuántos condenados a muerte como tú! ¡Cuánta cerrazón y oscuridad en las mentes y en los corazones! ¡Cuántas masas gritando que te crucifiquen, o votando, o callando ante la injusticia! Parecía que Caifás tenía buenos propósitos. Oh, Señor, ayúdanos a desenmascarar las mentiras de los buenos propósitos y que nuestra mente y nuestras acciones sean rectas en tu presencia.

2ª ESTACIÓN: JESÚS CARGA CON LA CRUZ

"Y él, cargando con su cruz, salió hacia el lugar llamado Calvario" (Jn 19,17).

Cargaste con tu cruz, pero no era tuya, era nuestra: era la cruz de nuestras desdichas, la cruz de nuestros pecados, la cruz de nuestros dolores. Tanto nos amabas que cargaste con nuestra cruz. Nosotros no podíamos con ella, y tú aguantaste su peso y nuestro lastre. Hoy, Señor, seguimos teniendo cruces en la humanidad, cruces en nuestro pueblo, cruces en el corazón. La cruz del paro, o de la violencia. La cruz de nuestro desvalimiento, de nuestra tristeza, de nuestro pecado y de nuestro egoísmo. Tú, hoy como ayer, cargas con nuestras cruces. Tú eres realmente sensible al drama de nuestro mundo y de nuestro país. No permaneces impasible ante el dolor de la humanidad. Ábrenos los ojos y el alma para verte cargar nuestras cruces; déjanos sentirte cercano, aligerando nuestra carga, para que el corazón se nos llene de esperanza.

3ª ESTACIÓN: JESÚS CAE POR PRIMERA VEZ

"Tan desfigurado tenía el aspecto que no parecía hombre, ni su apariencia era humana" (Is 52,14).

Caes físicamente, pero eres fuerte en el espíritu. No pareces humano, pero eres "el hombre". Pesa tanto la cruz..., pero tienes que seguir adelante. Caes... pero te levantas. El camino hacia el Calvario sigue ahí. Los caídos de nuestro mundo tampoco parecen humanos, los evitamos, los marginamos. Nosotros no soportamos tanto peso; si pudiéramos eludiríamos la caída; y desde luego, ¡qué pocos son los que se levantan!. Tú caes al suelo porque el hombre yacía en la tierra derrotado y humillado por el pecado. En la tierra yacen tantos jóvenes apresados por la droga o el botellón, o por la falta de perspectivas o trabajo, carcomidos por la desidia y la desesperanza. Son sus primeras caídas; a veces, ni se dan cuenta. En tu debilidad aprendemos lo real de nuestra vulnerabilidad. En tu caída aprendemos hasta qué punto te rebajas para vencer nuestra soberbia. Nuestras caídas nos avergüenzan, tu caída nos levanta. ¡Oh, Señor, levántanos contigo! ¡Danos la gracia de la salvación! ¡Muéstranos la grandeza de nuestra dignidad!.

4ª ESTACIÓN: JESÚS SE ENCUENTRA CON SU MADRE

"Y a ti una espada te traspasará el alma" (Lc 2,35).

El anciano Simeón ya te lo había anunciado. Tú la mujer creyente, que habías acogido en tu alma y en tu seno al Hijo de Dios no lo tuviste fácil nunca, pero siempre fuiste fuerte para aceptar la voluntad de Dios. Ver al hijo, camino del Calvario, ¿¿puede haber algo más terrible para una madre?! Y tú estabas allí; siempre has permanecido cerca, discreta, como madre y como creyente no faltas ahora... La espada del dolor te traspasa el alma en la que siempre había anidado tanto amor... Para nosotros, Madre, esa espada abre tu alma para que tanto amor se derrame también en nosotros. Sí, es verdad, tú eres la primera en estar junto a Cristo en el momento de nuestra redención..., participabas con él..., padecías con él... En nuestro camino de gozo y en nuestro camino de cruz, siempre estás, Madre. Eres consuelo y fortaleza en nuestros corazones abatidos. Eres modelo para que nosotros también sepamos compartir el dolor de los demás. Intercede, Madre, por nosotros a Dios para que seamos dignos de alcanzar y gozar las promesas de nuestro Señor Jesucristo.

5ª ESTACIÓN: EL CIRINEO AYUDA A JESÚS A LLEVAR LA CRUZ

"Al salir, encontraron a un hombre de Cirene, llamado Simón, y lo forzaron a que llevara la cruz" (Mt 27,32).

Antes la Madre, ahora el cirineo. La primera por amor; éste quizás a regañadientes, forzado... pero lo hizo, te ayudó. Debió sentir algo grande y cambiar profundamente desde esa experiencia puesto que los evangelistas han conservado su nombre, e incluso conocemos a su familia por otros lugares de la Sagrada Escritura. Simón ha sido obligado, pero también ha comprendido que era una gracia portar tu cruz y aliviar tu dolor. Así, Simón también ha contribuido a nuestra redención. Señor Jesús, queremos ayudarte, queremos ser cirineos que carguen con la cruz y te sigan. No nos queremos quedar en meras palabras ni buenas intenciones. Ahí estamos los cristianos en cualquier situación de dolor, con nuestras palabras y nuestras obras, siendo cirineos, asistiéndote en los más humildes, dando pan al hambriento, agua al sediento, vestido al desnudo, compañía al enfermo o solitario... Danos fuerza en la lucha y alegría en las dificultades.

6ª ESTACIÓN: LA VERÓNICA LIMPIA EL ROSTRO DE JESÚS

"Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro" (Sal 26,8). Tú, el más bello de los hombres, apareces ahora desfigurado, sin figura ni belleza, despreciado y evitado de los hombres (Is 53,2).

Algo que descubre Verónica es tu presencia y tu bondad detrás de tu horror. ¡Me admiran esos hombres y mujeres, capaces de descubrirte en la tragedia!. Son verdaderos héroes, más aún, son santos. Nuestros voluntarios, nuestros misioneros, sí, esos que nunca abandonan ni en el peor escenario; esos que están al pie del cañón para asistirte y aliviarte: han descubierto tu rostro... tienen impreso tu rostro en sus corazones... y por eso te ven a cada paso, detrás de cada esquina, en cualquier necesidad... Tú, Señor, agradeciste el gesto de Verónica, porque era un signo de amor y valentía. Hoy, Señor, necesitamos de esos hombres y mujeres de la caridad valiente. Nosotros hoy vivimos en la mediocridad cobarde, en el inmovilismo, en el vacío... Te pedimos tu gracia, para acoger en nosotros el testimonio de la Verónica, y asistirte en los rostros evitados de los hombres.

7ª ESTACIÓN: JESÚS CAE POR SEGUNDA VEZ

"Yo soy el hombre que ha visto la miseria bajo el látigo de su furor. El me ha llevado y me ha hecho caminar en tinieblas y sin luz... me ha revolcado en la ceniza" (Lam 3,1-2.16).

Segunda caída, agotamiento... Tus fuerzas se acaban, estás exhausto. Hace unos días, contemplaba a un padre, pidiendo ayuda para sacar adelante a su familia. El paro, las deudas, el agobio de la crisis, le habían traído lleno de vergüenza a pedir, nunca lo había hecho, pero ya no le quedaba más remedio... Había vivido bien, trabajando honradamente hasta ese momento... en el porte no aparentaba su necesidad. ¿Cómo levantar a ese hombre? ¿Cómo devolverle su dignidad? Hemos jugado con fuego y nos hemos quemado, hemos sembrado vientos y cosechamos tempestades. Hemos vuelto a caer en los mismos errores... Lo sabíamos, pero no miramos de frente la miseria, nos autoengañamos y ahora estamos paralizados y sin esperanza. La segunda caída es aun peor que la primera, porque ahora decae incluso nuestro espíritu. ¡¿Levantarnos?! ¡¡Sí!! ¡Desde la verdad y el amor! ¡La caridad en la verdad! ¡Oh, Señor, que la crisis no oscurezca nuestras almas ni nuestra esperanza en ti!

8ª ESTACIÓN: JESÚS CONSUELA A LAS MUJERES DE JERUSALÉN

"Jesús se volvió hacia ellas y les dijo: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos... porque si así tratan al leño verde, ¿qué pasará con el seco?" (Lc 23,28.31).

Jesús, tú eres capaz de consolar, incluso en tu agonía, a los demás. Ciertamente nosotros merecemos aún más compasión que tú, porque tú eres inocente y nosotros culpables; tú eres el leño verde, y nosotros el seco. Leños secos y sin savia porque hemos echado en saco roto y desperdiciado tu amor y tu gracia. Contemplarte a ti, el inocente, con tus injustas afrentas y dolores, debería hacernos pensar hasta que punto nosotros, -pecadores y desagradecidos-, somos indignos de ti. Deberíamos mirar de frente nuestro mal y ver todo su horror y sus consecuencias.. y llorar. Lloremos pues por nosotros y por los nuestros, tan alejados de Dios, sin savia ni vida, tan vacíos, tan conformistas y tan lights...; nosotros, culpables de tantas lágrimas y desazones. Y después de hacernos llorar danos también la alegría de tu salvación, mediante la conversión. Saca de nuestro pecho el corazón de piedra y danos un corazón de carne... y derrama en nosotros tu Espíritu para conocer y amar la verdad, la justicia y la vida nueva en ti.

9ª ESTACIÓN: JESÚS CAE POR TERCERA VEZ

"Mi aliento se agota, mis días se apagan, sólo me queda la tumba. Oh, sí, estoy a merced de las burlas y en amargura pasan mis ojos las noches... ¿Dónde está mi esperanza?" (Job 17,1-2.15).

Caes al suelo nuevamente... La última caída antes del final. La sombra que congela el alma y encoge las entrañas ya está ahí... Cuando el ser humano llega a ese momento tiene dos posibilidades: la esperanza o el terror. En este momento se condensa la vida entera... Ahora, en este preciso instante, es cuando se muestra si se ha vivido dignamente o si, por el contrario, todo ha sido sombra y espejismo. En la última caída, en el último aliento, es cuando mejor se muestra lo que de veras el hombre lleva dentro. Tú, Jesús, estás a punto del sacrificio, agotado y en amargura, pero aun así eres el más grande y el más fuerte... caes con dignidad bajo el peso de la cruz, porque has vivido con dignidad cada momento... Por última vez besas el suelo y el polvo en el que te encarnaste porque ya estás a punto de ser definitivamente elevado para que todo el que crea en ti tenga vida eterna (cf. Jn 3,15). Muchos en esta última caída sólo muestran desesperanza y desolación, porque su existir ha sido tan relativo y superficial que no han sembrado ni una pizca de fortaleza y esperanza. Señor, tú que vas a ser elevado, levántanos contigo... ahora y en la hora de nuestra muerte...

10ª ESTACIÓN: JESÚS ES DESPOJADO DE SUS VESTIDURAS

"Me rodea una jauría de perros, me asalta una banda de malhechores; taladran mis manos y mis pies y me hunden en el polvo de la muerte. Yo puedo contar todos mis huesos; ellos me miran con aire de triunfo, se reparten entre sí mi ropa y sortean mi túnica. Pero tú, Señor, no te quedes lejos; tú que eres mi fuerza, ven pronto a socorrerme" (Sal 22,17-20).

Señor Jesucristo, eres despojado de tus vestiduras, desnudado... es un gesto de burla y una injusticia. Los soldados se reparten tus ropas. Tú habías predicado la necesidad de vestir al desnudo por amor, ahora tú eres desnudado para irrisión y deshonra. Escucha el lamento de los despojados de nuestro mundo y ábrenos los oídos y los ojos para que podamos socorrerlos. Que en nuestra alma no tenga cabida la injusticia ni la burla hacia los pobres, que jamás nos aprovechemos de la miseria de los humildes, sino que, movidos por amor y compasión, encuentren en nosotros caridad y fraternidad, generosidad y grandeza de alma. Danos, Señor, entrañas de misericordia ante toda miseria humana, inspíranos el gesto y la palabra oportuna frente al hermano solo y desamparado, ayúdanos a mostrarnos disponibles ante quien se siente explotado y deprimido. Que tu Iglesia, Señor, sea un recinto de verdad y de amor, de libertad, de justicia y de paz, para que todos encuentren en ella un motivo para seguir esperando.

11ª ESTACIÓN: JESÚS ES CRUCIFICADO

"...En su pasión no profería amenazas; al contrario, se ponía en manos del que juzga justamente. Cargado con nuestros pecados, subió al leño, para que, muertos al pecado, vivamos para la justicia. Sus heridas nos han curado" (1 Pe 2,23-24).

Te taladran las manos y los pies, sujetándote con clavos a la cruz. La agonía es dura, para respirar tienes que colgarte aún más sobre tus heridas. Así largo rato. ¿Quién pudo inventar algo tan cruel para el ser humano? ¡Nunca terminaremos de entender el misterio y el poder de la cruz! ¡Y sin embargo es el misterio de nuestra redención! Gracias, Señor, por asumir por nosotros tanto dolor y tanto escarnio. Desde ese momento sabemos que tu amor y tu perdón son infinitos. Siempre podremos mirar tu cruz para hallar consuelo en nuestro dolor y respuestas a nuestras dudas y sufrimientos. Hace poco miraba a un enfermo llagado y casi inmóvil en su cama: te veía a ti crucificado y en agonía. Hay, Señor, quien no quiere recordarte en la cruz; hay quien quiere quitar y desechar esa imagen de entrega y de sacrificio... Lo peor de todo es que esos mismos tampoco saben mirar a los crucificados de nuestro mundo. Se sienten mejor en el humo y en las sombras de su existencia cómoda inauténtica y relativista. También les llegará su cruz... y no sabrán que te tienen cerca. Por ellos, rezamos, y más aún por los crucificados que en ti hallan tanta fortaleza y consuelo, para que a todos nos alcance tu redención...

12ª ESTACIÓN: JESÚS MUERE EN LA CRUZ

"Era ya cerca de la hora sexta cuando se oscureció el sol y toda la tierra quedó en tinieblas hasta la hora nona. El velo del Santuario se rasgó por medio y Jesús, dando un fuerte grito, dijo: «Padre, en tus manos pongo mi espíritu.» Y, dicho esto, expiró" (Lc 23,44-46).

Cada vez que te matamos en nuestra alma se oscurece el mundo, pero tú respondes sólo con misericordia. Contemplándote muerto en la cruz comprendemos hasta qué punto ha llegado tu abajamiento por nuestro amor: a muerte y muerte de cruz. Has bajado a lo más hondo para subirnos contigo. No has desdeñado nada de lo más trágico de nuestra condición humana, te has metido hasta el fondo para desde ahí restaurarnos. No nos salvas desde fuera, era necesario que te metieras hasta el fondo de nuestra muerte. Ahora, contemplándote muerto en la cruz, intuimos hasta qué punto nos amas: nadie tiene un amor más grande que el que da la vida por sus amigos. De tu costado abierto mana agua y sangre, el agua del bautismo y la sangre de la eucaristía, para que unidos a ti y alimentados por ti, vivamos la novedad y la alegría de la vida cristiana. Sabemos ya que a la hora de nuestra muerte tú nos esperas ahí para levantarnos contigo y llevarnos a tu reino. ¡Gracias, Señor, por tu sacrificio. Gracias, Señor, por tu amor!

13ª ESTACIÓN: JESÚS ES BAJADO DE LA CRUZ Y DADO A SU MADRE

"¿Hasta cuándo me tendrás olvidado, Señor? ¿Eternamente? ¿Hasta cuándo me ocultarás tu rostro? ¿Hasta cuándo mi alma estará acongojada y habrá pesar en mi corazón, día tras día? ¿Hasta cuándo mi enemigo prevalecerá sobre mí? ¡Mírame, respóndeme, Señor, Dios mío! Ilumina mis ojos, para que no caiga en el sueño de la muerte..." (Sal 13,2-4).

La escena de tu descendimiento y entrega de tu cuerpo a tu santa madre me conmueve, Señor. Ella te había tenido tantas veces en su regazo, vivo, jugando ambos... y ahora te tiene en sus brazos muerto... María ha consumado su amargura. No hay consuelo para tanto dolor. Es la imagen de la angustia más grande. Piadosa, María, llora y acaricia y limpia tu rostro ensangrentado. Desde ese momento allá donde haya amargura y angustia estará santa María para consuelo de los afligidos. Con razón podemos llamarla Madre de los Desamparados. Ante esta escena sólo quiero guardar silencio... y respeto. Que nunca nos falte tu consuelo, Madre, ni tu fortaleza. Acógenos en tus brazos y abrázanos fuerte en nuestro peligro. Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros ahora... y en la hora de nuestra muerte.

14ª ESTACIÓN: EL CUERPO DE JESÚS ES COLOCADO EN UN SEPULCRO

«Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, dará mucho fruto» (Jn 12, 24).

Esas palabras tuyas antes de la Pasión nos dan la clave para entender lo que ha pasado. Tú eres ese grano de trigo que cae en tierra y muere. Ahora tus amigos, te entierran; la tristeza les abate. Ahora en tu sepulcro te siembras para siempre en nuestros corazones, y si guardamos la esperanza en este momento sabemos, creemos, confesamos que darás fruto, -mucho fruto- en nuestras almas, por tu resurrección... También fructificarás en nuestro mundo y en nuestra sociedad. Te han preparado un sepulcro nuevo donde nadie ha sido depositado para que desde ese momento inaugures tú nuestro descanso. Desde ese momento, unidos a ti, nuestro destino ya no es la muerte sino la resurrección, la vida nueva. Los que te condenaron pensaban que te eliminaban para siempre, y no hicieron otra cosa sino sembrarte para siempre en nuestro mundo. Parece que todo acaba, y sin embargo, tenemos la esperanza de que es ahora cuando todo empieza... Pronto el sepulcro quedará vacío, y ya no será una tumba, sino el signo de la esperanza y del amor, -del mayor amor-...